

INTERPRETACION DE LA GUERRA FEDERAL

por J. M. Siso Martínez

J. M. SISO MARTINEZ

El doctor y profesor J. M. SISO MARTINEZ es una de las más relevantes figuras de la Docencia Superior en Venezuela, a la vez que uno de los más atildados ensayistas.

Nacido en Upata, el 28 de julio de 1918, sus primeros estudios los realizó en la Escuela "Humboldt" de su ciudad natal, de donde pasó al Colegio Federal de Ciudad Bolívar —hoy Liceo "Peñalver"— para cursar el Bachillerato, que luego vendrá a concluir en Caracas, en los Liceos "Andrés Bello" y "Fermín Toro".

En seguida ingresa al Instituto Pedagógico y a la Universidad Central de Venezuela, de los que, después de los estudios reglamentarios, egresa con los títulos de Profesor de Educación Secundaria y Educación Normal en la Especialidad de Ciencias Sociales (Geografía e Historia), del primero (Promoción "Hugo Pérez Rodríguez"); y de Doctor en Ciencias Políticas, de la segunda.

Su trabajo en la docencia tuvo comienzo hace veinte años en varios establecimientos de Educación Secundaria de la capital: Liceo de Aplicación, Liceo "Fermín Toro" y Liceo "Luis Ezequiel". Después regentó cátedras en los institutos privados: Colegio "Santa María", Colegio "América", Colegio "Moral y Luces" y Colegio "Nuestra Señora de Guadalupe". Prestó servicios también, por breve lapso, en el Liceo "Peñalver", de Ciudad Bolívar.

En 1947 estuvo al frente de la Dirección de Cultura del Ministerio de Educación y el año siguiente pasó a ser Director de Educación Secundaria, Superior y Especial del mismo Despacho.

En el mismo año de 1947 había ingresado a la Educación Superior:



D
S
S
D
en la Universidad Central de Venezuela y en el Instituto Pedagógico. En el último regentaba la cátedra de Historia de Venezuela cuando, en 1951, el régimen distatorial que oprimía Venezuela lo obliga a marchar al exilio. Viaja a México y en el país azteca va a tener una destacada actuación profesoral. En primer lugar, como Jefe del Departamento de Acción Social de la Universidad de Sonora y luego como Profesor, en los Cursos de Verano, de la Universidad Nacional Autónoma de Ciudad de México; al mismo tiempo que, en compañía de otros valiosos compatriotas en el exilio, realiza una intensa labor editorial.

El doctor y profesor Siso Martínez tiene una amplia labor literaria cumplida sobre todo en el cultivo del ensayo, género para el que sin duda posee cualidades poco comunes, por lo atinado de sus observaciones y muy particularmente por la perspicacia para el enfoque certero y oportuno del detalle realmente interesante. Su bibliografía comprende, hasta la fecha, los siguientes títulos: "Semblanza de un político popular", ensayo biográfico en el que estudia la personalidad del actual Presidente Constitucional de la República de Venezuela; "Poetas, saturnianos y maestros", ensayos (Tipografía Americana, Caracas, 1947) referentes a las apasionantes personalidades de Don Simón Rodríguez, Rufino Blanco-Fombona, J. A. Ramos Sucre, Porfirio Barba Jacob, Leoncio Martínez ("Leo"), José Martí y el Lcdo. Miguel José Sanz. En esta obra está contenida también una interpretación de "Canaima"; "Paisaje Histórico de don Francisco de Miranda", ensayo; "Leonardo Ruíz Pineda, Vida y Epifanía", ensayo; y "La Enseñan-

za de la Historia en Venezuela", ensayo editado por el Instituto Panamericano de Historia y Geografía.

Algunas obras didácticas completan la ficha bibliográfica del doctor y profesor Siso Martínez: "Historia de Venezuela", para cursantes de Educación Secundaria; "Historia Universal", "Historia de América", "Historia de Venezuela" y "Geografía de Venezuela", para cursantes de Educación Primaria.

Ha cultivado también el periodismo. Quien consulte las colecciones de los desaparecidos diarios capitalinos "Ahora" y "El País", encontrará la firma del doctor y profesor Siso Martínez con frecuencia. Actualmente colabora en "El Nacional" y en la "Revista Nacional de Cultura", de la que fué Director en 1947 y, además, dirige "A. D.", órgano del partido político que lo cuenta entre sus filas.

Pertenece a las siguientes instituciones académicas y gremiales: Colegio de Profesores de Venezuela, Federación Venezolana de Maestros y Asociación Venezolana de Periodistas.

Incorporado de nuevo a la docencia venezolana desde su regreso del exilio en febrero del año pasado, hoy regenta en la Universidad Central de Venezuela y en el Instituto Pedagógico las cátedras que dejara en 1951, al mismo tiempo que ostenta la representación de su Estado nativo en el Congreso Nacional.

Este "BOLETIN" se complace en acoger en las páginas subsiguientes la conferencia que dictara el doctor y profesor Siso Martínez con fecha 21 de febrero del corriente año, para el alumnado del Instituto Pedagógico, del ciclo or-

ganizado en nuestro plantel para celebrar el Primer Centenario de la Federación.

Estima la Dirección de esta publicación que la certera teoría acerca de las causas que originaron la Guerra Larga, que nos ofrece el doctor y profesor Siso Martínez en el presente trabajo, será una valiosa ayuda para los profesores

de Literatura Venezolana, por cuanto es evidente que los hombres que gestaron aquel movimiento y los sucesos a que dieron origen, ejercieron determinante influencia en el devenir del pensamiento venezolano de toda la segunda mitad del siglo pasado.

R. P-D.

INTERPRETACION DE LA GUERRA FEDERAL

por

J. M. SISO MARTINEZ

El método mismo imprime a la historia determinada realidad. Con razón, don Ramón Iglesias, el notable investigador español, decía: "Cada hombre contempla la realidad que lo rodea con una perspectiva propia y no puede haber estudio más apasionante que el de observar como un mismo núcleo de hechos se refracta diversamente según el espectador que lo describe". O la doctrina que lo mueve, añadiríamos. De allí que la Guerra Federal sea enfocada o interpretada desde ángulos diversos. Desde el cerrado positivismo del Dr. Pedro Manuel Arcaya, para quien "en Venezuela jamás han existido sentimientos ni intereses colectivos de clases, sino pasiones de grupos de individualidades, salidas de las más diversas capas y unidades ocasionalmente", hasta Mariano Picón-Salas, para quien viene de la llanura, siguiendo la tradición de Sarmiento, el ímpetu igualitario que caracteriza a la sociedad venezolana, y anota en el encuentro de la demagogía urbana con la fuerza tumultuaria que viene de la campiña, el motor de los grandes acontecimientos que convulsionaron a la Venezuela de la segunda mitad del siglo XIX. Pasando por Gil Fortoul, Vallenilla Lanz y Carlos Irazábal, quienes en forma cada vez ascendente, ligando los he-

chos sociales, con criterio distinto a la corriente hispanista, colonialista mejor, encuentran que la historia contemporánea venezolana se anuda, en forma varia, a la de los primeros núcleos sociales que trasladaron conforme su propio instinto social y político, sus formas institucionales, trasplantando en un medio nuevo y mestizándolas, estructuras dispares, en ascenso unas y otras en acelerado proceso disgregativo.

La Guerra Federal es fruto de hechos cercanos. En ensayo que tengo escrito por allí quise interpretar en parte el drama que se inicia con la Independencia. Son los descendientes de los conquistadores los herederos de los hombres del común antiguo, los que defienden orgullos la libertad municipal, ricos y altaneros, quienes recogen la bandera libertaria e inauguran una nueva era, olvidan sus viejas diferencias con los pardos y por arte de birlibirloque declaran que todos aquellos que consideraban hasta ayer "baxos y viles" son sus iguales. Rompen las amarras con la monarquía agonizante, proclaman los derechos del pueblo y se van a ganarlos, para los que sobrevivan, en los campos de batalla. Mientras de los cacaotales surgen las peonadas con su ancestral resentimiento y en los llanos se agrupan alrededor del luciferino corcel de José Tomás Boves, quien enarbola la bandera de las tibias y de las calaveras, los beduinos de América, los parias a quienes se les ha prometido tierra y pan. Es el crítico momento de la patria. Es la guerra civil entre poseedores y desposeídos; entre los que enarbolan las consignas intelectuales de la hora: libertad, igualdad, fraternidad, contra los que izan el oscuro y vital lema de la tierra y el pan. Pero hay algo en lo cual, a pesar de esa tremenda antinomia, coinciden. Es que pugna en ellos el viejo anhelo democrático. Así lo comprendió Bolívar y de sus manos surge el lenguaje fulmineo de la Guerra Muerte, en el afán impaciente de crear el sentimiento de nacionalidad, de desviar la querrela y elevarla al plano del conflicto de dos patrias distintas.

Y el desarrollo de los acontecimientos se encarga de integrar las concepciones opuestas, correspondencia íntima tendrán el anhelo de libertad y justicia con el ansia de la tierra y del pan. Es el encuentro de Bolívar con los llaneros de Páez. Aquella escena del Libertador con el Negro Primero, que nos narra Páez en su "Autobiografía", es toda la comunión de los valores contrapuestos. Pero todo en vano. Catorce años jalonan la vida del pueblo en la conquista de estos grandes anhelos.

Pero sólo conquistaron las grandes palabras. Porque realidad cierta es, que al volver de su jornada, de la Guerra Grande, las tierras por las cuales pelearon, las que les renartieron los Congresos por leyes y decretos, se vieron convertidas en papeles, los grandes caudillos que surgieron de la entraña del pueblo constituyen el centro de un sistema político y social que considera a los viejos hombres del común como menores y ya para votar no es necesario la lanza de los días terribles, sino la posesión de la tierra que se acumuló en manos de unos pocos. Y de la Gesta Magna sólo quedó el orgulloso sentido igualitario y los viejos centauros de ayer se convirtieron en vulgares ladrones de ganado y pagaron con su vida la culpa de que la revolución no hubiera podido o no hubiera sabido satisfacer su hambre; y de que no lograran salvar la etapa abismal que supone el entrar desde el mundo del instinto hasta el rígido mundo donde la propiedad que en la guerra fué común, se hizo individual y santa.

O'Leary lo había hecho notar: "En las elecciones de 1826 se disputó a los militares el derecho de sufragio. Cuando se niegan a una clase entera de los ciudadanos los beneficios de la Constitución, ¿qué interés tiene ella en defenderla?". Pero los constituyentes del año 30 en Valencia fueron más allá. Se hizo extensiva esta negativa a todos aquellos que no supieran leer y escribir y no gozaran de renta anual, profesión, oficio o industria productiva. Los trastornos que se hicieron sentir tienen en parte sus raíces en esto. Las manifestaciones de viejos soldados contra el desafuero y contra la exclusión de lo que se llamará más tarde en términos jurídicos *el país legal*, al negárseles el ingreso a la administración pública por carecer del goce total de sus derechos ciudadanos, son los primeros indicios del conflicto por venir. Y el movimiento de las Reformas, excluidas las viejas ambiciones de los viejos capitostes militares, encuentra eco y razón porque éstos hacen coincidir su exclusión en el reparto grande del poder público con el destierro de ciudadanía que los legisladores de Valencia hicieron de toda una clase social, que había contribuido con su lanza y con su sangre a la creación de la patria común. Ya lo dijo Guizot: "Donde la libertad no es derecho y donde el derecho no es poder, no hay derecho ni libertad". Y la separación que en los comienzos encendió la guerra civil se hizo más honda. El concepto de una democracia formal no correspondía al mismo que había surgido en los campos guerreros. El grupo de ideólo-

gos de la Tercera República, en un afán interesado y matizado de doctrinarismo, asimiló demasiado a la letra el pensamiento liberal y de sus manos surgió esa Constitución que: como sus similares europeas, centra el poder político en manos del reducido grupo que detenta el económico. Reñido quedan de nuevo los viejos conceptos que en las diestras y cesaristas manos del Libertador habían ido formando la conjunción exacta de donde debía de venir la patria americana. El anhelo de la libertad y justicia separado del ansia milenaria de la tierra y del pan. Para un pueblo rural es el punto inicial de la tragedia. Es la clave del fracaso de la República de los días de oro. No lograron comprender los patricios cómo de sus manos clásicas, con su conducta romana, se escapara el poder para multiplicarse en las rudas de los hombres rurales que surgen como ayer con la misma violencia desatada, agrupados al lado de jefes populares que adquieren perfil heroico y contornos de leyenda en las mentes primarias. Y mientras el respeto inmanente por la ley se significa en el episodio impar de la campanilla protagonizado por Soubllette, otros hombres con menos escrúpulos se lanzan por el camino de las agitaciones, ofreciendo villas y castillos y tendiendo como cebo para la pesca de las masas humanas, las tierras y la creación de una patria para todos.

Antonio Leocadio Guzmán inaugura esta democracia tumultuosa. Estremecido por el demonio de la política se apodera de la plaza pública, lleva a ella sus resentimientos y sus ambiciones y recoge, avisado, la insatisfacción que de la calle viene. La idílica etapa de los patricios se ve rota por la voz arrogante de este tribuno del montón, quien se lanza valiente por los diez mil caminos que tiene la lucha popular y en pelea desigual socava las bases de la Oligarquía Conservadora y sólo lo detiene en su carrera hacia el poder la sombra fatídica de la guillotina que cuidadosas manos conservadoras querían estrenar en su cabeza calenturienta y diabólica. Pero si se detiene al hombre, el movimiento que él había oteado continúa. Sobre su nombre se cernirá durante mucho tiempo el odio impar de los patricios. Lo emparentarán con el Anti-Cristo, lo acusarán de todos los males causados por la Guerra Federal. Pero la realidad es otra. Sólo fué gesto del movimiento, vehículo inter-conservadoras. El derecho a que su inquietud y su ambición lectual. A él fué a buscar algo que le negaron en las tiendas encontraran justo clima. Caudillo de pluma, alrededor de su

periódico "El Venezolano", nacen infinidad de hojas polémicas, Laureano Vallenilla Lanz les niega a este sinnúmero de propaganda escrita, saturada de jacobinismo, papel fundamental en la subversión de la estructura social creada por la Oligarquía. Don José Santiago Rodríguez sustenta lo contrario. Tanto Vallenilla como Rodríguez andan tocando los extremos. No llegó a tener la propaganda escrita la importancia que le asigna el segundo, ni fué la causa fundamental del hondo sacudimiento social venezolano. Pero tampoco la afirmación tajante de Vallenilla al asentar que es "error atribuir a la prensa liberal del 46 la profunda conmoción de aquellos años" puede ser sustentada. Si se concibe la acción de la prensa en forma literal y cerrada sobre aquellos que sabían leer y la recibían, puede sustentarse tal tesis. Pero siempre bordea caminos inconclusos. Porque la acción de una doctrina se propaga no sólo por la lectura directa, sino también por la propaganda oral y por la comunicación verbal, tal como lo hacía el propio Zamora en su modesta pulpería. Sarmiento ha analizado en relación al medio rural argentino la importancia de la pulpería. Allí se forma una sociedad con perfiles definidos. Los mismos intereses, las mismas afinidades emocionales, terminan por hacer de esta asociación pasajera, un centro con ligazones sociales, de donde por lo general en el siglo pasado partían las montoneras tras el color de una bandera. Y no hay que olvidar que el Cristianismo como doctrina debió su éxito a esa propaganda oral. Por eso Shotwell ha podido concluir en que: "Los historiadores más influyentes de Europa han sido los párrocos. En cada aldea, por remota que fuese, tanto a los humildes, como a los poderosos, les han repetido el relato semana tras semana, siglo tras siglo". Y no hay que olvidar, sin que ello lleve a los extremos de Le Bon, que la prédica de una doctrina de mejoras sociales a masas desposeídas, tiene campo propicio donde desarrollarse. Siempre la buena nueva lleva al fondo de las almas la esperanza, máxime cuando ella se recibirá en la tierra y toca la condición económica y social de un pueblo por esencia mesiánico.

Pero discútase o no la acción de su propaganda lo cierto es que Guzmán inicia en 1846 la chispa que culminará con el absolutismo de José Tadeo Monagas y será la piedra sillar de la Revolución Federal. Guzmán supo trasuntar en un momento histórico el ansia multitudinaria. Pero también es reo de haberla detenido. La coyunda de la moral, como diría en su lenguaje cínico y pintoresco, lo había uncido al carro del poder. Esta prédica

encontrará campo propicio en el alma popular y se expresará en la Guerra Federal que por su exacto contenido social no es sino la continuación de la guerra de la Independencia. Para aquellos que ven en ésta gesta homérica donde se mueven dioses y semidioses, es suma irreverencia. Sin embargo, nada más exacto. Los hombres que sobrevivieron a la Independencia y ejercieron la jefatura política, no supieron integrar la patria, la dejaron parcelada; el pueblo no lo sabía expresar en fórmulas certeras de sociología ni en agudas fórmulas jurídicas, pero lo decía en el claro lenguaje de la revuelta: "Hagamos patria para los negros, hagamos patria para los indios". Allí se sintetiza toda la causa y toda la historia de la Guerra Federal. Falcón lo diría en su proclama de Palmasola: "La cuestión no es que las leyes que hagáis sean buenas o malas: la cuestión es que el derecho de hacerlas no es vuestro, sino de la mayoría, porque en la República corresponde a aquellas el ejercicio de todos los poderes sociales. He aquí la verdadera causa de la presente revolución; la misma de siempre. . ." Falcón, que resultará como jefe de ese gran movimiento inferior a su momento histórico, tuvo desde el punto de vista político clara conciencia de lo que significaba esa lucha. También la tuvo desde la trinchera enemiga y en el campo social el patricio Pedro Gual. Hasta donde tuvo una y otra, el general Ezequiel Zamora es aventurado delinearla. De sus documentos no se desprende sino una vaga ideología liberal identificada con el federalismo. Su actuación pública, en la época de los Monagas, no se diferencia en nada a la de los caudillos que surgen de la guerra y que construyen su prestigio a costa del terror de los buenos vecinos de la provincia. Falta para que tuviéramos la objetiva prueba, el agua regia del poder absoluto. Lo demás es construir sobre el vacío. Gil Fortoul lo dice con certera y elegante frase: "El secreto del porvenir estaba en la bala anónima que le quitó la vida". Bala que ha hecho tejer leyendas al asignársele como punto de partida el propio campamento federal. Con venezolana razón pudo decir del hecho Juan Oropesa: "¿y quién es el que se atrevería a meter la mano en el fuego a fin de salir garante en cuanto la limpidez de intenciones entre hombres de tan satánica intención como lo son los que se han juntado siempre en los campamentos venezolanos?"

Sucedió lo inevitable. Difícil hubiera sido que se desarrollara en forma distinta aún sin la bala que echó por tierra al caudillo popular. Cinco años anduvieron los oscuros soldaditos terrosos en la búsqueda milenaria que es raíz de su existencia. Al cabo

de ellos vivieron, como ayer, con la vieja desilusión prendida en el alma la desesperanza, a recorrer su misma antigua ruta. Dejaron con su caudillo de la cara angulada, par de los grandes jefes de heroicas montoneras, guerrero por la gracia divina y general, por voluntad del pueblo, enterrados sus anhelos, mientras adquiría valor de símbolo y se integraba con su pueblo iluminado, en una mañana de justicia integral.

Pero la guerra no fué inútil. Surgió de ella lo que la Oligarquía Conservadora había abolido después de la Independencia: el sentido igualitario. Lo que separaba a los hombres ya no era el nacimiento, era un golpe de suerte, un rodar de dados en el tapete inmenso que era Venezuela, donde se permitía toda clase de paradas. Y surge esa democracia guerrera con su antinomia tremenda, representativa del más puro sentimiento igualitario y del más cerril instinto. Envés y revés del pueblo esta democracia que surgió de los campos de batalla y terminó por devorarse ella misma. Le faltó conductores espirituales que de la raíz misma de la tierra extrajeran la fórmula y conjugaran las contrapuestas concepciones que sistemas de estirpe feudal no habían podido liquidar. Y de nuevo fué la tragedia. Soterrada a veces, a pleno mediodía otras, continuación de un mismo viejo anhelo, siguió Venezuela como la Penélope de los libros antiguos tejiendo y destejiendo en la rueca del sueño su destino.